

EL TRAJE MANCHADO

NO sé hasta qué punto esta historia es triste porque no es enteramente mía. No lo sé, pero a mi aún me duele, creo que me dolerá siempre aunque después sufrí otras cosas y sé que todo es tan sencillo que no quiere comprenderse. Es de hace ya muchos años y estoy seguro de no habérsela contado a nadie, de haberla llevado siempre oculta, y ahora la cuento porque quizás explique por qué quiero a los perros y me cuesta trabajo comprarme un traje. O quizás explique algo más, algo importante que sigue sucediendo y no logro entender. Sí, quizás, porque todo es sencillo y todo nace por algo, tiene su causa, aunque siempre se compliquen las cosas.

Pero yo tenía entonces seis años y la guerra española acababa de empezar. Recuerdo muy bien los últimos Reyes Magos porque luego, al día siguiente, otro niño que sabía muchas cosas, y las comprendía, me dijo que aquel cartón con un juego de carpintero pegado no era de los Reyes Magos. Me lo dijo en la calle, delante de otros niños, y yo me callé. También recuerdo que otra mañana estaba en cama enfermo y mi madre, y la gente, entraban y salían sin saber mucho qué hacer. Después me llevaron a casa de mi abuela y alguien, creo que mi tía, me dijo: «Papá ha muerto». Y yo no comprendía que mi padre pudiera morir, que estuviera muerto, que fuera una verdad. No podía comprenderlo y no supe llorar, no lloré. Cuando mi tía salió de la habitación, alguna persona le preguntó:

—¿Se lo has dicho?

Y ella dijo:



—Sí, ya lo sabe. No se ha dado mucha cuenta. Cuando sea mayor lo comprenderá.

Esto ocurrió en un pueblo del que no deseo mucho acordarme. Pero es un pueblo con mar y con muchas palomas blancas en la glorieta, un pueblo con su alegría, donde las muchachas pasean por el puerto y la calle principal y en donde hay odio como existe gente muy buena que seguiré queriendo. Entonces mi madre me vistió de luto y fué a dar clases en una escuela pública. Yo también iba. Mi madre pintaba en la pizarra unos gatos con dos ceros y cinco palotes. Después los niños lo copiábamos y escribíamos debajo: gato. Creo que a mi madre no le pagaban mucho, pero además cambiaba cosas, hacía colas, recorría kilómetros en busca de alimentos y comíamos lentejas, tocino, patatas y rábanos en vez de pan. Estoy seguro de que todo aquel trabajo resultaba para ella difícil, terriblemente triste, pero nunca se quejaba, siempre sonreía y luchaba por nosotros y, cada noche, al acostarme, me hacía repetir: «Te damos gracias, Señor, por el pan nuestro de cada día, y perdónanos nues...». Repetía pan y el pan hacía mucho que no se ponía en la mesa. Se lo pregunté a mi madre:

—¿Por qué decimos pan? Nunca comemos pan, mamá.

Ella sonrió.

—Pan es todo cuanto comemos, hijo, pan es comer.

Una vez, Isabel, una vieja criada manca que teníamos recogida, empezó a llorar y a decir cosas de antes, de cuando vivíamos en Almería. Entonces oí que mi madre dijo:

—No llores, Isabel, no debes llorar. No quiero que el niño crezca triste, es aún muy pequeño...

Creo que por eso me dejaron tener un perro. Era mi amigo y mi juguete y yo el suyo. Lo fuí viendo crecer a mi lado y tampoco el perro sabía lo que era tristeza.

Unos labradores me hicieron unas esparteñas y el perro y yo nos pasábamos las tardes corriendo por el monte, por un cabezo en el que había unas marraneras destruidas que yo imaginaba cuevas de ladrones. Algunas veces también iban más chiquillos, pero casi siempre éramos el perro y yo. Creo que ésto, que volviéramos a casa cansados, alegres, sin descubrir aún qué era la vida, le compensaba a mi madre toda su lucha diaria.

Y también estaba mi abuela, la madre de mi padre. También ella callaba su tristeza y por las tardes, antes de ir al cabezo, el perro y yo iba-



mos a su casa y hablábamos un rato. Luego, a correr. Por entonces, mi abuela me estaba arreglando un traje. Un traje oscuro, casi negro, con trozos de astracán ya gastados en el cuello y que había pertenecido a mi abuelo cuando allá, en 1894, era Administrador de la Aduana de Ayamonte.

Todo el mundo parecía muy ocupado menos el perro y yo. Al perro le llamaba Merlín por un cuento que me había regalado mis tios. El perro no se parecía nada al mago Merlín, seguro, pero era un cuento que me gustó mucho y, además, algunas veces, la familia, cualquiera, me había llamado Merlín: «Estáte quieto, Merlín; Ven acá, Merlín». Era un perro pequeño, con lunares negros, que corría siempre a mi lado. Y nos bañábamos en la playa y hablábamos de nuestras cosas. Algunas veces, cuando volvíamos a casa y estaba alguna amiga de mi madre, me preguntaba: «¿Quién es más bueno: el perro o tú?». Yo no comprendía aquella pregunta. Después, de los siete a los veinticinco años, me tocó aprender las cosas con gran rapidez hasta ser hoy. Pero entonces tenía seis años, mi madre me había dado seis hermosos años, y cuando su amiga me preguntaba quién era más bueno, yo sonreía como el perro, Merlín, meneaba su rabo. No desconfiábamos de nada, de nadie. ¿Por qué iba a ser uno más bueno que el otro? Eramos buenos, simplemente. Como creíamos todo. Otras veces, cuando íbamos por la calle, alguna mujer pobre me preguntaba: «¿Tú eres el hijo de don Luis, del médico?». Yo decía sí y ella exclamaba: «¡Cómo le gustaría verte ahora! Tu padre era...». Y tampoco comprendía mucho éso, tampoco comprendía que mi padre no nos viese.

Todas las tardes, mi abuela me probaba el traje. Tenía los forros amarillos y eran también del uniforme de mi abuelo. Por aquella época ya habíamos cazado un mochuelo. Estaba en el tejado de una de las casas que había junto al cabezo y lo atrapé. Lo metí en una jaula y le echaba de comer trozos de todo aunque sólo comía trozos de algunas cosas. Pero luego lo dejé escapar porque no comprendía a Merlín y se asustaba de él cuando se acercaba a la jaula. Y Merlín no quería hacerle nada, nunca quiso hacerle daño a nadie. Nunca, estoy seguro.

Mi abuela me había dicho:

—Mañana estrenarás tu traje.

Era domingo y la noche anterior había estado lloviendo con gran fuerza. Cuando me puse el traje nos estuvimos mirando al espejo mucho rato. Era un traje oscuro, muy bonito, casi negro y que tenía el cuello



de astracán. Mi abuela, Merlín y yo estábamos muy contentos, muchísimo. Mi abuela sonreía como no la habíamos visto nunca. Me dijo:

—¿Te gusta?

Afirmé con la cabeza. Yo no podía saber que aquel traje era igual al que le podían haber hecho a mi padre cuando tuvo seis años. Y me gustaba, me sentía vestido de una forma muy seria. Tal vez entonces, frente al espejo, yo fuera el hijo muerto y el nieto al mismo tiempo, o... no sé, pero los ojos de mi abuela eran distintos, se habían llenado de recuerdos. Y mi abuela dijo:

—Ahora vete derecho a casa y se lo enseñas a tu madre.

Le dije sí y ella insistió:

—Vete derecho, no te entretengas jugando por ahí y vayas a manejarlo.

Volví a decir sí y até a Merlín y nos fuimos.

Delante de la casa de mi abuela había un placetón muy grande en donde antes, apenas lo recuerdo, colocaban columpios, barcas y puestos de caramelos a cinco la perra chica. Ibamos muy contentos porque también Merlín había estrenado un collar con dos o tres cascabeles que ignoro de dónde lo habría sacado la abuela. Era de las veces que más contento he estado en mi vida y puede que la última en que estuve contento siendo niño. Casi al terminar el placetón, a mano izquierda, había una calle estrecha por la que parecía que nunca pasaba el sol, y con las casas inclinadas, tan oscuras que daban la impresión de no tener ventanas. Pero se llegaba antes a casa por allí. Entonces aparecieron dos hombres vestidos con unos monos azules que salieron de un portal. Venían riéndose hacia nosotros. Y de pronto, uno dijo:

—¡Mira que nene tan guapo!

Y el otro:

—¡Y mira que perrito!

Nosotros no les entendimos. No. Quizás los entendiera menos el perro porque empezó a menear el rabo saludándoles. Y uno de ellos dijo:

—Son dos señoritos, ¿verdad?

Y se acercaron más o nosotros. Y el otro me dijo:

—¿Me dejas el perrito, nene?

Cogió la correa y se lo llevaron junto a la pared. El perro seguía meneando el rabo. Lo sé fijo porque el perro y yo nos mirábamos intensamente, nos mirábamos sin comprender nada. Yo apenas dije:

—Es mío, se llama Merlín.



Los hombres me miraron y se rieron más. Luego, uno de los hombres dijo:

—¿Vamos a ver si es de carne este perrito?

Ví la bota, una bota grande de piel negra, dar con fuerza en la barriga del perro y oí cómo Merlín gritó. Pero no lo entendía. Ni siquiera el perro lo entendía porque seguía mirándome fijamente, con los ojos muy brillantes. Y los dos hombres empezaron a reír muy fuerte, a gritar de risa, y estuvieron así hasta que lo mataron contra la pared, hasta que le hicieron echar sangre por la boca. Lo ví perfectamente porque no dejaba de mirar al perro y el perro me estuvo mirando y tenía cada vez más brillo en sus ojos, ahora sé que más inocencia, más no entender qué estaba sucediendo. Hasta que sus ojos, sin dejar de mirarme, dejaron de tener vida. Luego, los dos hombres se marcharon.

Y yo no hice nada, no comprendía nada, absolutamente nada. Tenía seis años, mi madre me había dado seis hermosos años, y no podía comprender todo aquello. Y no era miedo. O cobardía. Es que no comprendía. Únicamente éso y por ello no pude hacer nada, ni siquiera gritar. Bueno, si hice algo. Cogi al perro en brazos y me manché el traje de sangre y de barro. Y un poco empecé a comprender porque me puse a llorar en aquella calle estrecha, embarrada, sin nadie que mirase.

